

Vivir filosóficamente

Posted on 26 de enero de 2016 by Patricio Tapia

Cuando, en los años setenta, Pierre Hadot habló de «ejercicios espirituales» para referirse a la actividad de los pensadores de la Antigüedad, cuya mayor lección era entender la filosofía como una transformación de sí mismo o como una forma de vida, la idea deslumbró al ya entonces afamado Michel Foucault, quien, apoyado en algunos postulados nietzscheanos, decidió que la existencia de un filósofo no debía estar separada de su obra. Si bien los ejercicios de Foucault no fueron del todo espirituales, especialmente después de los viajes a Estados Unidos y las excursiones en la contracultura homosexual y sadomasoquista de San Francisco, lo cierto es que intentó demostrar que la verdadera prueba de una filosofía era vivir bajo sus reglas. Esa, cuando menos, era la tesis principal desarrollada por James Millller en su detallada biografía *La pasión de Michel Foucault* (1993; trad. de Óscar Luis Molina S., Santiago de Chile, Tajamar, 2011). Miller escribe desde parecidos presupuestos *Vidas sujetas a escrutinio*, una serie de pequeñas biografías de doce «amantes de la sabiduría»: Sócrates, Platón, Diógenes el cínico, Aristóteles, Séneca, san Agustín, Montaigne, Descartes, Rousseau, Kant, Emerson y Nietzsche.

Las vidas de los filósofos pueden parecer algo sin importancia para un lector actual. Si la disciplina filosófica es un «trabajo» como cualquier otro, no interesa la armonía (o su ausencia) entre lo que los filósofos dicen y lo que hacen. Sus libros, por magníficos que sean,

no se supone que deban cambiar ni su propia vida ni la nuestra. Pero esto no siempre fue así. Alguna vez ellos encarnaron el ideal de la sabiduría, una de cuyas preocupaciones primordiales era examinar la forma en que se debe vivir. El pensamiento de Sócrates, por ejemplo, nos llega sólo a través de una construcción biográfica, y literaria si se quiere, a través, fundamentalmente, de Platón: sus ideas están entreveradas en sus acciones.

Una tradición que se remonta a la escuela de Aristóteles defendía la importancia de recopilar opiniones, anécdotas y sucesos que servían de contexto para el pensamiento de un autor. Esa tradición alcanzó quizá su punto más alto con la obra de Diógenes Laercio sobre la vida de algunos filósofos, en el siglo III d. C. Laercio y su ejercicio de la biografía ejemplar, que no carece de rasgos legendarios y de chismes, es una de las figuras tutelares del libro de Miller; otra, Friedrich Nietzsche, sostenía que tres anécdotas bastan para presentar la imagen de un pensador.

El punto de partida de Miller es Sócrates, quien habría afirmado que una vida no sujeta a escrutinio no vale la pena vivirse. Tan importante como su forma de vivir fue su forma de morir. Condenado a beber cicuta acusado de corromper a los jóvenes y de falta de creencia en los dioses, Sócrates cumplió la sentencia con inesperada compostura, o así lo cuenta Platón. Buena parte de los otros filósofos del libro pueden ser vistos como comparaciones con este ideal, tanto en sus vidas como en su muerte. Séneca, por ejemplo, el filósofo romano que vivió medio milenio después de Sócrates, también fue condenado a morir y lo aceptó con socrática valentía. Pero su implementación fue más dificultosa: se cortó las venas antes de beber la cicuta y retirarse a un baño caliente a desangrarse. Las diferencias en la muerte quizás eran reflejo de las que hubo en la vida. Séneca habría sido más contradictorio entre lo que decía y hacía: mientras sus escritos promovían la moderación y el desapego, en su conducta buscaba la riqueza y muchas veces se vio obligado a compromisos y faltas para servir a su pupilo y empleador, Nerón, quien finalmente lo condenaría.

Si la muerte es importante, Miller no escatima datos sobre los rumores de las de otros filósofos: la de Platón, por una infección sin tratar causada por los piojos; la de Descartes, tal vez envenenado por los cortesanos de la reina Cristina de Suecia; y las versiones de la de Diógenes el cínico: por comerse un pulpo crudo, por las mordeduras de unos perros, porque simplemente decidió aguantar la respiración hasta morir.
Como biógrafo eficiente, las «vidas» que entrega Miller son breves, sin restar detalles reveladores e historias no tan conocidas, desde la concepción virginal de Platón (una de las leyendas transmitida por Laercio) hasta la juventud jugadora de otros (Descartes, dedicado a las cartas; Kant, al billar). Menos interesantes son sus compendios de las teorías u obras de los filósofos, pues sobre casi todo lo que resume hay bastante disponible en otros libros igualmente concisos.

El relato de las vidas no está sujeto a ninguna tesis en particular, por lo que el autor no suele establecer similitudes y diferencias entre ellas. No hay nada siquiera parecido a lo que, medio en broma, hizo Pierre Riffard en *Filósofos. Vida íntima* (2004; trad. de Amparo Salvador, Valencia, Diálogo,2008), con cifras como las siguientes: el 54% de los filósofos vivieron fuera de su lugar de origen o de adopción; o que, en el momento de publicar su obra maestra, el 70% eran solteros.

Del panorama que ofrece Miller podría deducirse, por ejemplo, la importancia filosófica de las caminatas, pues muchos de sus escogidos tienen revelaciones caminando por un bosque. También parece una constante la difícil cercanía con el poder: no sólo Séneca respecto de Nerón, y Descartes respecto de Cristina de Suecia, sino el trato de Platón con Dionisio el Joven, el rey de Siracusa, quien lo tuvo como tutor y rehén; o Aristóteles, quien fue protegido por el tirano Hermias y también tutor de Alejandro Magno (después correrían rumores de que habría sido su asesino).

Pero no necesariamente la lejanía de los poderosos es garantía de ser razonable. Quien se supone menospreció al mismo Alejandro Magno, Diógenes el cínico, era un asceta estricto, desdeñoso de las convenciones, a la vez que se deleitaba con indecencias públicas, de manera que no son pocos quienes dudan de su salud mental. No es el único. A pesar de que se asocia a Descartes con el intento de dar precisión matemática a la filosofía, él era una persona bastante extraña, lejos de la claridad cartesiana, dejándose llevar por un conjunto de aterradoras visiones en 1619 y por experiencias que fueron desde la vagancia hasta momentos de soledad en reclusión. O el aparentemente racional Kant, quien acabó su vida en un abismo obsesivo, consultando constantemente termómetros y barómetros, deteniendo sus paseos cada vez que sentía calor por miedo a que sudar lo matara. O Nietzsche, quien escribió algunas de sus obras más importantes en las primeras etapas de la demencia sifilítica que en sus años finales lo sumió en el silencio y lo llevaría a la muerte. La «vida breve» que entrega Miller de Nietzsche es una de las mejores del libro, mostrando el contraste entre su fragilidad física, incluso afeminamiento, y su pensamiento de ambiciones titánicas: cómo el oráculo despiadado de la «voluntad de poder», vivía en un apartamento delicadamente decorado con flores y encajes.

Es cierto que no solamente la locura era la opción frente a la racionalidad. San Agustín fue mostrándose cada vez más suspicaz sobre el papel que la razón podría desempeñar en una buena vida, optando finalmente por la certeza del dogma religioso.

En la selección de Miller, la era moderna filosófica comienza con el escepticismo humanista de Montaigne en el siglo XVI y el racionalismo de Descartes en el XVII. En ambos casos, la introspección y el cuestionamiento de sí mismo se convirtieron en distintivos de la integridad

filosófica. Este «giro interiorista» es una razón más, según lo ve Miller, para examinar los detalles íntimos de la vida de los filósofos, y sus contradicciones. Rousseau, por ejemplo, no obstante todos sus pronunciamientos moralistas sobre la educación apropiada de los niños, mandó a sus propios hijos recién nacidos a un orfanato.

George Santayana alguna vez afirmó que los filósofos profesionales son por lo general sólo escolásticos. *Vidas sujetas a escrutinio* es en parte una reacción a la filosofía que se enseña en la universidad. Como dice Miller (profesor, por cierto, en la New School for Social Research de Nueva York), actualmente la filosofía se entiende «como una disciplina meramente técnica que gira en torno a asuntos especializados de semántica y lógica». Tras su repaso por las vidas de algunos grandes pensadores, el resultado no es para él ni edificante ni consolador. Miller se describe como el producto de una educación luterana que valoraba la introspección y la sinceridad y también como un exactivista en la década de los sesenta. Habría que agregar que Miller (junto a Greil Marcus) fue uno de los primeros y mayores exponentes del análisis del «rock y las letras». Las estrellas del rock, claro, son ídolos bastante falibles. También resultan serlo los filósofos. El libro de Miller sirve de recordatorio de que incluso los espíritus más grandiosos vienen envueltos en simples cuerpos humanos.

Para acabar, unas cuantas anotaciones sobre la traducción. Óscar Luis Molina es un traductor avezado y su versión avanza con su habitual corrección y limpidez. De ahí la extrañeza cuando deja algunos nombres en su forma habitual en inglés en vez de en castellano: Callicles por Calicles, Lucilius por Lucilio (y así, Lucius, Burrus, Britannicus, Possidius). En otra parte, al hablar del espeso bigote de Nietzsche, el autor lo describe como «manillar» (handlebar), pero Molina lo traduce, seguramente para aclarar, como «daliniano», aunque Dalí siempre usó sus bigotes muy delgados, pues eran sus «antenas». Sigue llamando la atención, al igual que lo hizo con su versión del libro sobre Foucault del propio Miller, que conserve la palabra self en inglés cuando la utiliza el autor. En este libro, sin embargo, señala en una nota que la deja en inglés «porque no tiene equivalente exacto ni aproximado en español». Lo curioso es que ponga la palabra self no sólo en boca de Miller, sino también de Sartre, Nietzsche y el mismo Foucault, entre otros, cuando lo más probable es que ellos no la hayan utilizado.

Patricio Tapia estudió Derecho, pero luego se desvió hacia lo que podría llamarse «periodismo cultural». Su labor más constante ha sido en suplementos o secciones culturales de periódicos chilenos, aunque también ha escrito o traducido para revistas nacionales y extranjeras.

Autor: James Miller

Edicion: Santiago de Chile, Tajamar, 2015

Paginas: 512 pp. $24.900

Titulo: Vidas sujetas a escrutinio